

TIERRA INDIA

ADORABLE SALVAJE

Susana Biset



VESTALES

© Editorial Vestales, 2015.

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales.

Biset, Susana
Tierra india: Adorable salvaje, 1.^a ed., San Martín: Vestales, 2015.
384 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-3863-34-9

1. Novelas Históricas. I. Título
CDD 863

ISBN 978-987-3863-34-9

Hecho el depósito que previene la ley 11.723
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Este libro se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2015 en Gráfica LAF SRL, Monteagudo 741, Villa Lynch, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

*A mis hijos: Benjamín, Irina y Alejandro
y a mis siete nietos, quienes,
con su ternura y paciencia,
han hecho de mí una mejor persona.*

*Aunque muchas veces el ser humano lo ignora,
la más importante de las lides es llegar
a la cumbre del espíritu.*

PRÓLOGO

EL SILENCIO ENVOLVÍA A QUIENES HABITABAN LOS MARAVILLOSOS parajes ubicados entre los cerros, esos que se erguían en el centro de Argentina, que los arrullaban con la permanente calma que dominaba el lugar y los llenaba de sana alegría y complacencia.

Sin embargo, ese atardecer, Malena no sentía los influjos de semejante bendición. En sus entrañas sucedía todo lo contrario: un volcán bullía, pugnaba por hacerse escuchar.

—¡Ay!

El gemido que brotó de sus labios entreabiertos fue involuntario. Sin pensar en lo que hacía, la muchacha recogió sus extremidades desnudas y las sacó de la vertiente cantarina que bajaba desde la cima, unos cientos de metros más arriba. Hasta ese instante había tenido los pies dentro de la fresca correntada, mientras disfrutaba de la agradable sensación del agua que los refrescaba y los acariciaba; pero el sol comenzaba a descender y ya no calentaba tanto.

Una súbita ráfaga de aire helado llegada desde los cerros nevados la hizo estremecer de frío. Apretó las delgadas piernas mientras analizaba la idea de irse hacia su refugio.

—No, no todavía.

Se acuclilló junto al hilo de agua, tomó los bordes de su abrigo y se lo apretó alrededor del cuerpo. Luego, como una morbosa adicción, volvió a sumirse en sus pensamientos para rememorar y

revivir su otrora esplendorosa vida. El recordarla no era novedad; en la reiteración de sus remembranzas existía una razón: ella intentaba encontrarle respuestas a las decisiones que había tomado en el pasado.

Regresó a su adolescencia y, con gran esfuerzo, intentó escuchar dentro de su cabeza el interminable compás de las melodías interpretadas en las reuniones sociales. Quiso recordar cómo eran las luces de su hogar en la gran ciudad, donde todo brillaba y el bullicio era una constante, y cómo lucían los innumerables faroles que titilaban sobre el techo e iluminaban con chispas en variadas tonalidades los preciosos vestidos de las damas.

Allí comenzaban a desplegarse las sensaciones; podía sentir la vibración que le provocaban en todo el cuerpo. Repleta de emoción por lo que estaba a punto de sucederle en su interior, y con lágrimas en las pupilas, cerró los ojos. Esta vez, incluso, trató de ir mucho más allá, se adentró en el río color pampero. Imaginó que navegaba en su enorme navío dentro de la correntada, trató de mecerse con el vaivén de las suaves olas, sentir el agua que cada tanto le mojaba el rostro, su cabeza apoyada con dulzura sobre un pecho fuerte, el de su hombre; el amor, la existencia fácil, las holuras de todo tipo.

Después, esto.

Al llegar al punto exacto de impacto donde pasado y presente se unían, como siempre, y mientras se sacudía el impulso de correr para huir de su camino ya trazado, se hizo las mismas preguntas: ¿podría haber evitado los obstáculos?, ¿habría sido capaz de torcer el sendero? Más aún, ¿se arrepentía de algo?, ¿habría querido obrar de otra manera? Frunció el ceño, se enojó por ser tan implacable consigo misma. ¿Acaso había tenido otras opciones a su alcance?

—¡Espíritus insensibles! Libérenme de este peso.

Si estaba impedida de correr para alejarse de su destino, entonces, por lo menos, podría anular algunos recuerdos. Apretó los párpados y anheló no ver, no escuchar, no pensar, no sentir y, así, no padecer.

—No quiero, ¡no quiero recordar!

Entonces, en un gesto de amorosa munificencia, los dioses se apiadaron de ella y le enviaron un aliento de escarcha. Al sentir una nueva ráfaga de viento helado, un temblor la despertó y le sacudió de la cabeza tan terrible historia.

La joven reaccionó y observó alrededor como si recién despertara. Arriba, los rayos solares habían desaparecido por completo y las sombras grises empastaban el paisaje, volviéndolo de un solo tono que se oscurecía con cada nuevo segundo. En derredor, los animales silvestres comenzaban a calmar sus arrojados y se aprestaban al largo descanso. Las aves habían aquietado sus gorjeos y ahora arrullaban con suavidad su sueño. Más arriba, entre las copas de los chañares, algarrobos, cocos y espinillos, las hojas se cerraban apenas y recibían el incipiente rocío.

Malena, a pesar de su enorme tristeza, sonrió. Se secó las lágrimas cuajadas de furia y de amor y trató de arrancarse la profunda e intempestiva desolación que se le había colgado de los hombros sin avisar; la cargaba con un peso casi insoportable.

No, no tenía sentido buscar respuestas. Si jamás había arribado a una sensata conclusión, una que la dejara tranquila, ¿por qué ese día habría de ser diferente?

—Tiempo de regresar —dijo en voz baja, aunque llena de renovada frustración.

Dio una última mirada al entorno y se dispuso a ponerse de pie, lista para desandar sus pasos y así regresar a su nueva existencia. Pero, en esa ocasión, algo invisible y poderoso la retuvo, algo que superaba cada uno de los escudos que le regalaron las almas celestiales; las vivencias la atropellaron una vez más y la inmovilizaron. Sobrecoyida por la miseria espiritual que le provocaban, otro débil lamento de desaliento le brotó desde lo más oculto de su conciencia. ¡Cuánto la conmocionaban sus descarnados recuerdos! Aunque tal vez, solo tal vez...

En ese instante supo que si quería encontrar respuestas, entonces sería preciso darse de frente con sus demonios personales. De hacerlo, ¿conseguiría salir entera de semejante confrontación?

Al escucharla gemir, el mundo se detuvo por segunda vez, y los espíritus del bosque, que se acababan de replegar para continuar con lo suyo, la observaron atentos.

—¿Procedemos?

En esa ocasión, luego de unos segundos, decidieron lo contrario: no la envolverían con su infinito amor, en cambio, optaron por retirarse. Así, mientras levantaban su candorosa capa de protección, le permitieron a Malena descubrir el claro paisaje de cada uno de los instantes de su pasado y la dejaron con el corazón desnudo. Intuían que ella ya se encontraba preparada, que podría con sus espeluznos personales. Era tiempo de que los enfrentara.